

JUVENTUD Y DEMOCRACIA EN CHILE*

ALAIN TOURAINE**

1. DOS IMÁGENES DE LA JUVENTUD

LA JUVENTUD NO ES UNA CATEGORÍA SOCIAL, sino una construcción cultural y administrativa, una parte de la imagen que una sociedad tiene de sí misma. Un estudiante se asemeja más al ingeniero o al abogado que va a ser que al joven «poblador», y éste tiene a su vez más afinidades con el obrero o trabajador del sector no oficial en que se va a convertir muy probablemente. ¿Y qué pueden tener en común un muchacho o una muchacha de quince años y jóvenes adultos de 28 años, que tienen ya por lo general desde hace ya tiempo una vida profesional y familiar? En muchos de los datos cuantitativos que se utilizan para esbozar una imagen de la juventud chilena se confunden de modo arbitrario realidades muy diversas, imponiéndonos así la imagen de un «joven» que es un promedio irreal de numerosos, y diversos, tipos sociales. Lo primero que hay que hacer es pues abandonar el realismo ingenuo, el que cree que de lo único que se trata es de descubrir los problemas «reales» de la juventud para elaborar luego una política en la que se les dé una respuesta apropiada. No quiere esto decir que los datos que proporcionan las estadísticas y las encuestas no sean útiles, y hasta indispensables; pero de lo que se trata en este caso es, ante todo, de reflexionar sobre las diversas representaciones de la juventud, a fin de escoger un enfoque que corresponda a la situación actual.

Lo que llama la atención, en primer lugar, es la oposición entre las dos imágenes que tiene Chile de su juventud: instrumento de la modernización, o elemento marginal y hasta peligroso. Sólo se habla de la juventud con sentimientos intensos, ya se trate de esperanza o de miedo. Para los adultos, los jóvenes son algo muy cercano o muy lejano, son factores de continuidad o de discontinuidad. Ese contraste corresponde en parte a la oposición entre juventud de clase media y juventud llamada marginal, pero como se trata de categorías más bien construidas que observadas, tiene un sentido más profundo: es la oposición entre dos imágenes que tiene la sociedad de sí misma y de su porvenir.

Chile es un país que durante mucho tiempo se consideró a sí mismo plenamente integrado en un proceso de modernización económica, política y cultural acelerado, y lo natural, para los adultos, era suponer que los jóvenes eran, e iban a ser, más modernos que ellos, que iban a conocer una vida mejor, que sus estudios iban a ser más completos, que gozarían de mayor seguridad y tendrán más oportunidades de viajar. En Chile nunca hubo una movilización autoritaria de la juventud como en los países fascistas o comunistas europeos, y la dictadura militar se asemejó más bien, tanto desde ese punto de vista como desde muchos otros, al régimen franquista, y no a los regímenes totalitarios en un sentido estricto. La confianza en la juventud quedó pues desligada de toda connotación política. De hecho, cuando se hablaba de la juventud, en lo que se pensaba era ya sea en los estudiantes universitarios al estilo de los del movimiento de la reforma de Córdoba y de la «generación del veinte», ya sea en los grupos juveniles de los partidos políticos. La juventud no constituía un mundo aparte, representaba el porvenir del país y de cada uno de sus elementos constituyentes. Y ello, hasta tal punto que en Chile, y en los países de América Latina con una tasa de natalidad muy elevada, el tema de la juventud era algo prácticamente inexistente, ya que el continente entero se sentía joven y lleno de confianza en el porvenir, pese a la gravedad de sus crisis. Representación por lo demás enteramente justificada, puesto que la tasa de crecimiento de la economía latinoamericana fue, entre 1920 y 1980, y durante más de medio siglo, muy superior a la de Europa occidental o la de América del Norte.

* El presente artículo es un extracto preparado por Alain Touraine, en el marco de la misión de consulta realizada por el autor para el Gobierno de Chile, por encargo de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en su Programa Ordinario (1990-1991). Fue publicado en la *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1, Madrid, 1996; editada por la Organización Iberoamericana de Juventud.

** Sociólogo francés.

La otra imagen de la juventud, tan negra como la primera es rosa, es la de la marginalidad, sobre todo urbana, de los jóvenes sin empleo que vienen con frecuencia de familias «rotas», los jóvenes que logran sobrevivir gracias a trabajos intermitentes y mal pagados, a actividades no declaradas, y que son propensos a la delincuencia. Los gamines de Bogotá se han convertido en símbolo de esa juventud marginada que encuentra que no hay sitio para ella en una sociedad cuyo desarrollo es limitado, llena de desigualdades y exclusiones. Hoy en día, en Chile, esa imagen negativa es tanto más fuerte cuanto que la extensa clase media empieza a beneficiarse de la recuperación económica mientras que la masa de los pobres —hasta 40% de la población— no saca todavía de ella el menor provecho, y que, además, a esa clase media le da miedo el mundo de los pobres, en el que ve, como en la Europa de principios del siglo XIX, a clases peligrosas y no a clases trabajadoras. En el medio de la juventud propiamente dicho, se estima que 20% de los jóvenes se encuentran en situación difícil o de desamparo.

A los jóvenes de los medios pobres que viven en las «poblaciones» periféricas de Santiago les afecta sobremanera esa imagen. Tienen la impresión de que nadie les quiere, ni siquiera sus allegados. No es sin duda alguna casual que, en un encuentro con jóvenes de un barrio pobre, las primeras palabras pronunciadas fueran las de un muchacho de veinte años: «mi padre no me quiere», tras lo cual contó —y en boca de otros se escucharon relatos semejantes— cómo los guardias arrestaban, maltratándolos a veces, a los jóvenes interpelados en alguna esquina cuando estaban bebiendo cerveza y charlando. Y nos encontramos así, de golpe, infinitamente alejados de la imagen anterior; hemos pasado de la juventud como porvenir del mundo a la juventud como amenaza y como categoría al margen de la sociedad. Representación muy «americana» y que vamos a encontrar del Norte al Sur del continente, de Toronto o Nueva York a Río o Santiago. La sociedad está en movimiento, es una especie de maratón en el que se va cada vez más aprisa y en el que participan corredores cada vez más numerosos y mejor preparados, pero es también una carrera en la que se deja de lado a muchos que no tienen fuerzas o ánimos para correr, que no tienen buen calzado o que están mal alimentados. Sociedad cada vez más «dualista», dicen los sociólogos, en la que las antiguas barreras sociales han sido sustituidas por otras nuevas, en la que la oposición principal no es ya la de los de arriba y los de abajo, sino la de los que participan en la carrera y los que han tenido que renunciar. Algunos términos más o menos científicos, como los de sector formal y no oficial, o el de marginalidad urbana, expresan esa división de la sociedad, agudizada por el fracaso de las políticas populistas, por la concentración de los ingresos y el aumento de las desigualdades sociales bajo las dictaduras militares, una división que, es de temer, va a verse agudizada aún más en el período actual por la voluntad de participar en un mercado mundial en el que el nivel tecnológico es ahora más elevado, con lo cual va a reducirse probablemente cada vez más el mercado interno para bienes de tecnología avanzada y, por consiguiente, van a concentrarse cada vez más los ingresos.

Durante un período bastante corto se creyó en muchos países, y en particular en Chile, que de las filas de esos marginados y excluidos iban a surgir nuevos movimientos sociales, no tanto políticos como culturales o hasta religiosos. Mujeres y jóvenes animaron las comunidades eclesiales de base en Brasil, los «movimientos de barrios» de Buenos Aires y las intervenciones colectivas en los «campamentos» de Santiago, siendo a decir verdad estas últimas más directamente políticas. Fueron también numerosos los jóvenes que participaron de modo activo en la visita del Papa Juan Pablo II en Chile, como lo fueron, poco tiempo después, los jóvenes europeos que se reunieron —eran cientos de miles— en Czestochowa, lugar destacado de la Polonia católica. Sin embargo, ese gran movimiento de rebelión o de esperanza encaminado a liberarse de los regímenes autoritarios y a pedir una sociedad más unidad y más fraterna, en la que las distancias sociales fueron menores y las barreras menos altas, fue de corta duración. De esa esperanza de movilización liberadora se pasó a la realidad de una transición que fuera lo más controlada y lo más tranquila posible, y tanto las dictaduras que acababan como las jóvenes democracias convirtieron en objetivo prioritario la liberalización de la economía y la estabilización de la moneda, pese a la fuerza de las tendencias inflacionistas. Chile se ajustó en lo esencial al ejemplo español y volvió a la democracia tras haber vuelto a iniciar un proceso de crecimiento, con lo cual pudo vivir una transición política mucho más tranquila que lo que podía preverse en 1983-84. El momento actual es, en todas partes, el del mayor desfase entre una política económica que ha obtenido resultados importantes, sobre todo en Chile, y una

política social que sigue siendo prudente y limitada, y ello incluso en Chile, donde la solidez de la democracia ha permitido ya algunas mejoras, en particular en los campos de la educación y la vivienda, muy superiores a lo que ha podido lograrse en los demás países del continente. La situación es análoga a la de los países de Europa central —Checoslovaquia, Hungría, Polonia— que también se han incorporado resueltamente a un proceso de retorno a una economía de mercado de la que estaban muy alejados, y que tienen ahora que enfrentarse con una fuerte disminución del ingreso per cápita y con un desempleo inevitable habida cuenta de la disminución de la producción y de la renuncia a los antiguos métodos de protección del empleo.

En esas condiciones, una política de la juventud parece ser algo imposible, puesto que lo que se considera prioritario es un tipo de recuperación económica que sólo concierne a una fracción de la población y deja de lado a una masa importante de pobres, entre los que se encuentran muchos jóvenes. En Chile, mucha gente piensa que, en esas circunstancias, más vale no hablar de política de la juventud y concentrar esfuerzos y recursos en un sistema de educación básica que dé a los jóvenes, en particular a los más desamparados, ese mínimo indispensable que constituye una garantía contra la marginación. Si se imparte a todos, dicen, un buen conocimiento de la lengua hablada y escrita y de las operaciones elementales de la aritmética, se luchará más eficazmente contra los fenómenos de exclusión que mediante programas de participación social cuyo fracaso es más que probable puesto que están dirigidos a jóvenes que se ven en muchos casos arrastrados de hecho por el proceso de exclusión impuesto por el carácter «dualista» de la sociedad, que va a ser mantenido o hasta acentuado. Otros señalan que la política de apoyo a las mujeres ha tenido más éxito que la de apoyo a la juventud, aun cuando esta crítica parezca ser, si se examinan las cosas de cerca, muy superficial y hasta inexacta. Lo que parece ser inadecuado, ante una situación en la que los objetivos principales se refieren a la competitividad y la modernización, y no a la seguridad y la participación, es la política de participación misma, en todas sus formas. Una política de la juventud debe pues fundarse en una doble repulsa. En vano se intentaría volver al espíritu «nacional-popular» de antaño, al de los años sesenta. Chile ha sacado ya demasiados beneficios de la nueva política económica como para volver veinte años atrás o para dejarse atraer por las sirenas del neopopulismo pero tampoco puede aceptarse, sin embargo, que aumenten las desigualdades y la exclusión social y que un número cada vez mayor de jóvenes se encuentre y se sienta marginado ¿Cómo ir más allá de esa doble negativa? ¿En función de qué representaciones de la juventud y la sociedad puede construirse una nueva política de la juventud?

2. EL DESARROLLO PERSONAL INTEGRADO

Una política de la juventud parece tener que manifestarse forzosamente a través de instituciones, gestos públicos y hasta afirmaciones repetidas de la importancia que dan las autoridades a la juventud. Se organizan reuniones, fiestas o concursos, y se distribuyen premios o becas, lo cual no tiene muchas incidencias en el plano colectivo pero sí puede tener consecuencias benéficas para unos cuantos individuos que han sido elegidos para representar a la juventud y que reciben una ayuda que puede ser decisiva en su vida personal. Nadie se hace muchas ilusiones, sin embargo, sobre la eficacia de una política más simbólica que real. Más interesante, y también más ambigua, es la idea de crear lugares para los jóvenes, casas de la juventud o centros juveniles, clubes o centros socioculturales. Se han creado éstos en numerosos países, y tienen un doble objetivo; fomentar las actividades colectivas, por un lado —ya que se trata de lugares equipados con instalaciones deportivas o musicales—, pero también impedir que los jóvenes, aislados, busquen una distracción en una delincuencia menor que puede convertirse en algo más grave, o en el alcoholismo o la droga. Sin embargo, en algunos casos esos centros culturales atraen poco a los jóvenes, que se sientan sometidos allí a vigilancia, o víctimas de un paternalismo que encuentran irritante; y a veces se hacen con el poder en ellos bandas o líderes que, en vez de elevar el nivel de participación social de los jóvenes, crean una contracultura más o menos delincuente. Se tropieza siempre con la misma contradicción: ¿cómo hacer de la participación social un objetivo en una sociedad en la que tantos jóvenes se encuentran excluidos o marginados?; ¿cómo hablar de integración cuando lo

que impera es el dualismo y la exclusión?; ¿quiere esto decir que una política de la juventud no tiene sentido, y que las únicas medidas que deben tomarse son las que consisten en garantizar para todos los jóvenes un empleo normal y perspectivas profesionales, y en darles una educación general que constituya una garantía contra la marginalización más eficaz que la que pueda darles cualquier creación institucional de puro adorno? No, ya que con esa respuesta no se contesta a nada. ¡El que la única solución adecuada al desempleo sea el pleno empleo no significa que no deban distribuirse subsidios de desempleo, u organizarse cursillos de reorientación profesional! Hay que impedir que los jóvenes más desamparados entren inexorablemente en el círculo vicioso de la marginalidad, que convierte la falta de trabajo o de educación, o la desorganización de la familia, en incapacidad de llevar a cabo un esfuerzo personal o en encierro en una banda más o menos delincuente.

Sin embargo, hay que orientar para ello las intervenciones públicas —y también las privadas— en un sentido distinto del que se suele escoger. En vez de soluciones colectivas e institucionales, hay que buscar los medios que permitan iniciativas individualizadas y psicológicas. En vez de buscar la integración social de los jóvenes pensando en la paz social, más que en los propios jóvenes, hay que fortalecer en éstos la capacidad de ser actores de su propia vida, capaces de tener proyectos, de elegir, de juzgar de modo positivo o negativo, y capaces también, más sencillamente, de tener relaciones sociales, ya se trate de relaciones de cooperación, de consenso o conflictivas.

Esta orientación supone que las iniciativas se centren en los jóvenes desamparados y no en los que están bien integrados desde los puntos de vista familiar, escolar y profesional. En efecto, cuanto más se asciende en la jerarquía social, más intensamente se identifica el individuo con los papeles sociales que desempeña, ya que éstos le aportan más satisfacciones. El médico se define como tal porque le consideran médico sus enfermos al manifestarle su aprecio, su agradecimiento o a veces su disgusto. El que ejerce una autoridad es sumamente sensible al lugar que ocupan en una jerarquía, y el estudiante que cursa estudios difíciles se proyecta hacia su porvenir profesional, en aras del cual hace grandes sacrificios y que le dará, o eso espera, prestigio, poder, riqueza o actividades apasionantes. La socialización es tanto más fuerte cuanto que el papel que hay que aprender a desempeñar da más satisfacciones. ¿Qué es, al contrario, un joven desamparado? Es un muchacho o una muchacha que no siente que su auténtica personalidad tenga mucha relación con sus actividades, ya sean éstas familiares, escolares o profesionales. El joven vive un fenómeno de disociación, que puede ser extremada, entre aspiraciones que son por fuerza vagas, puesto que no cobran la forma de esperanzas concretas, y experiencias que vive como algo impuesto, hostil, indiferente o incomprensible. Antes de poder incorporarse a la sociedad, es menester que el joven esté integrado en sí mismo, que sus actos y sus representaciones estén en relación de correspondencia, que el presente sea visto como anuncio del porvenir y no como obstáculo a proyectos.

Si pudiera describirse a la sociedad chilena como una sociedad movilizadora en torno a un proyecto colectivo de modernización y a un fuerte movimiento de integración social, habría que considerar que una política de participación es una prioridad. Si se es ante todo sensible a la creación de un dualismo profundo en esa sociedad y a las escasas oportunidades de participación e integración de los jóvenes que vienen de medios populares, pobres o en crisis social, entonces hay que reflexionar sobre lo que podría ser una intervención orientada no tanto hacia la sociedad como hacia los individuos, y no, desde luego, para sustituir un análisis sociológico por un análisis psicológico clínico, sino, al contrario, como consecuencia directa del análisis sociológico presentado anteriormente, con arreglo al cual lo que caracteriza a la pobreza es que hace que «pierdan pie» aquéllos para quienes la vida es sobre todo algo que se soporta, y no algo en que se actúa. ¿No es evidente que hay que ayudar a los jóvenes que tropiezan con la indiferencia o la hostilidad de la sociedad que les rodea —o mejor dicho, cuyas márgenes ellos mismos constituyen—, a adquirir una fuerte capacidad de resistencia frente a la desorganización psicológica y social, a fortalecer su personalidad para resistir a presiones y sobre todo a la falta de estímulos y de recompensas? A los jóvenes más desamparados les es muy difícil comportarse como actores sociales, o sea modificar su entorno social para realizar objetivos personales. Su personalidad se encuentra dividida entre la conciencia de la lejanía, la dificultad o la hostilidad de los trayectos que la

sociedad ha previsto para ellos, y su propio encierro narcisista en sí mismos. En la mayor parte de los casos, manifiestan a la vez una rebeldía íntima y un hiperconformismo social, al no disponer de medios para concebir y realizar los cambios que podrían introducir en el mundo que les rodea.

He aquí pues el punto de partida de nuestra reflexión, la afirmación cuyos supuestos y consecuencias se intentará formular después: el principal objetivo de una política de la juventud es incrementar en los jóvenes la capacidad de comportarse como actores sociales, o sea de modificar su entorno social para realizar proyectos personales.

En vez de buscar el camino más directo que lleva a la participación social, reconozcamos que el camino más seguro es también el más indirecto, ya que es el que pasa por el fortalecimiento del individuo, aunque se corra así el riesgo de situarle frente a la sociedad y no en ella, que es también lo que da a entender la palabra marginalidad. No es pues de extrañar que las políticas de la juventud sigan —casi espontáneamente— el otro camino, o sea el más directo, ya que parten de un profundo sentimiento de confianza en la sociedad, ya sea en la sociedad tal y como es, ya sea en la sociedad tal y como se quisiera que fuera. La concepción que se propone aquí es menos optimista, sus objetivos son también más limitados, y tanto sus medios de acción como sus resultados serán menos espectaculares; pero el objetivo al que apunta es el que rige todos los demás: fortalecer la capacidad de acción de los jóvenes, contribuir a su «desarrollo personal integrado», o sea a intensificar la integración de su experiencia y la vinculación de esa experiencia a proyectos.

3. EL ACTOR SOCIAL

No es ahora posible continuar este análisis, ni sobre todo sacar de él consecuencias prácticas, sin intentar primero precisar algo más lo que se entiende por actor social, y por consiguiente cuáles son los objetivos precisos de las iniciativas que hay que tomar.

Un actor social es el hombre o la mujer que intenta realizar objetivos personales en un entorno constituido por otros actores, entorno que constituye una colectividad a la que él siente que pertenece y cuya cultura y reglas de funcionamiento institucional hace suyas, aunque sólo sea en parte. O, dicho sea con palabras más sencillas, se necesitan tres ingredientes para producir un actor social: objetivos personales, capacidad de comunicar y conciencia de ciudadanía. Cada uno de estos tres puntos exige un breve comentario.

a) Objetivos personales

Es éste probablemente el elemento cuya adquisición es más difícil para el que se encuentra en situación de marginalidad. Sin embargo, numerosos estudios han mostrado, en Chile y en otros países, que los marginados por lo general no se encontraban encerrados en una contracultura. El peso de la sociedad de producción y consumo de masas es tal, que su sombra se extiende sobre toda la población, y son muchos los que pasan una y otra vez la frontera entre sector oficial y sector no estructurado, en ambas direcciones. Y hasta a veces se ha exagerado —en particular en Perú— el dinamismo del sector no estructurado; pero se trataba sin duda alguna de una reacción útil contra una concepción demasiado fascinada por la miseria. La principal dificultad sigue siendo la transformación de deseos oníricos en proyectos realistas, la sustitución del deseo de ser cosmonauta por la elección de una formación profesional, o la reacción contra una identificación paralizadora con las estrellas del deporte o la canción. Dificultad tanto mayor cuanto que esa capacidad de hacer proyectos depende sobre todo del espacio de protección, seguridad e iniciativa que haya tenido el niño durante sus primeros años de vida. La familia, y sobre todo la madre, proporciona lo que los autores ingleses han llamado un espacio de confianza (*trust*) que protege contra un mundo vivido por el recién nacido como algo peligroso, que le da miedo y contra el que intenta protegerse con las lágrimas. Sin ese sentimiento de seguridad elemental adquirido en la infancia y sin el estímulo de los que se ocupan de él, que suelen ser sus padres en la mayor parte de los casos, no le es fácil al individuo tomar iniciativas, ni es fácil que se arriesgue a entrar en un mundo

desconocido o peligroso. De ahí la importancia del papel que, aunque sea en una etapa más tardía, pueden desempeñar los educadores, que le dan algo de esa seguridad y esa confianza que en muchos casos no recibió de los padres en cantidad suficiente.

b) *La comunicación con los demás*

La comunicación con los demás es ante todo un problema de lenguaje, pero también de información. El papel de la escuela es aquí esencial. En la escuela aprenderá el niño o el muchacho a conocer el campo social en el que va a actuar. Allí aprenderá a conocer la actividad y el modo de vida de los demás, y por lo tanto a saber cuál es su propio lugar y a reconocer con quién puede entablar una alianza o simplemente negociar, o bien contra quién debe, al contrario, defenderse. Es de desear que ese conocimiento de los demás esté fundada en las experiencias más inmediatas, que el joven conozca su barrio, su municipio, que se organicen encuentros entre jóvenes y miembros de diversas categorías profesionales. Es sobre todo menester que el joven aprenda a expresar lo que percibe en sí mismo y en los demás.

c) *La conciencia de ciudadanía*

La conciencia de ciudadanía es, por último, lo que exige más netamente una intervención de las autoridades. Requiere en primer lugar el conocimiento de la lengua, la historia y la geografía de Chile, pero sólo podrá ser robustecida si los jóvenes sienten que influyen en las decisiones que afectan su vida colectiva, y por lo tanto que se les ve y se les escucha, y no que se les rechaza y se les abandona en la oscuridad y el silencio. Todos los jóvenes que viven en condiciones de desamparo —jóvenes con escasa preparación o desempleados, los que viven en zonas urbanas marginales, los miembros de grupos nacionales, étnicos o religiosos minoritarios, etc.— piden, ante todo, que se les escuche y se les reconozca. Verdad es que algunas de las soluciones que se han propuesto, como la formación de consejos de jóvenes en determinados municipios o simplemente la intervención de asociaciones de jóvenes ante las autoridades, han dado con frecuencia resultados poco satisfactorios, pero nada puede sustituir la conciencia de ciudadanía. Y, a la inversa, llama la atención en todas partes la importancia de esas reivindicaciones que piden participación política, diálogo y ello aunque la capacidad de acción colectiva y la elaboración ideológica de las reivindicaciones sean escasas.

4. UN CUERPO DE EDUCADORES DE TERRENO

Se ve ahora más claramente en qué consiste ese cambio total de perspectiva que se propone aquí. En vez de hacer que la sociedad abra sus puertas a los jóvenes, empresa desproporcionada con respecto a los medios de acción de una política social, por muy bien aplicada que ésta sea, de lo que se trata es de reconstruir individualmente a los jóvenes, de darles una mayor capacidad de elaborar proyectos, situarse con respecto a los demás y sentirse miembros de una sociedad. La diferencia de perspectiva se manifiesta, sin embargo, aún más claramente, cuando se ha entendido que el enfoque «participacionista» concentra su intervención en determinados marcos sociales unificadores, como las casas de la juventud o los programas generales al servicio de la juventud, mientras que si se acepta el objetivo del incremento de la capacidad de acción de los jóvenes, se dará una importancia mayor al funcionamiento de las grandes instituciones sociales: escuela, vida profesional, familia, lo que requiere un complemento indispensable y decisivo que es la intervención de educadores cuya tarea principal es ayudar a los jóvenes para que integren mejor los diversos elementos de su experiencia y su personalidad.

Esta opción tiene la ventaja de ser realista; ya que es totalmente imposible reemplazar a la escuela, al aprendizaje, y menos aún a la familia. A la inversa, ni la escuela o el colegio, ni las instituciones de formación profesional, ni la administración pública, son capaces de hacerse cargo de los problemas de personalidad de los jóvenes anteriormente mencionados.

Lo que se propone es pues la creación de un cuerpo de educadores encargados de ayudar individualmente a jóvenes que tropiezan con serios problemas a adquirir, a través de su experiencia escolar, profesional o familiar, los tres elementos básicos cuya combinación constituye la capacidad de ser actor. Esto supone la existencia de lugares particulares donde pueda realizarse esa integración de la personalidad. Esos lugares pueden ser las casas de la juventud o centros juveniles que sólo existen hoy en día en número muy limitado. Es evidente que la «formación» del joven será más fácil si la intervención del educador se desarrolla en un medio colectivo protegido en el que el joven dispone a la vez de una amplia autonomía, y de informaciones referentes a su educación, su salud o su vida profesional, y donde puede establecer una comunicación con otros jóvenes que se enfrentan con problemas análogos.

Esos educadores no deben, sin embargo, encerrar a los jóvenes en un marco institucional. Deben, al contrario, ayudarles a reconstruir su personalidad aportándoles ayuda en su vida escolar, profesional, de salud y familiar. Son la persona a la que se recurre, con la que se habla, pero también la que sirve de intermediario con el docente, con el empleador, con el empleado municipal o hasta a veces con la familia. La labor de los educadores puede verse amplificada por un sistema de tutores algunos jóvenes que han conseguido mejorar su situación o superar una crisis pueden ayudar a su vez a otros que se encuentran en situaciones aún más difíciles. Junto con esa intervención en la base, en la calle, deberá efectuarse un esfuerzo de información dirigido a los medios de comunicación de masas, ya que es claro que hay en Chile una fuerte tendencia a denunciar, en nombre de la «gente decente», a los marginados y a los jóvenes de los medios populares en general, considerados peligrosos. Esa intervención en los medios juveniles quedaría incompleta si no la acompañara un esfuerzo destinado a convencer a toda la población de que debe aceptar y ayudar a los jóvenes, y no rechazarlos y reprimirlos.

No parece tampoco conveniente centrar las actividades en los casos más difíciles, en las bandas de delinquentes o en individuos destruidos ya por la droga. Deberían escogerse con muchísimo cuidado los medios en los cuáles debe intervenir en primer lugar. No debe tratarse ni de medios privilegiados, ni de medios netamente marginados, sino simplemente de medios populares o pobres, con todo el peso de desventajas y problemas sociales que llevan consigo esas palabras.

Es siempre difícil encontrar un punto de equilibrio que evite tanto empresas de normalización o moralista como el fortalecimiento de una contracultura. Ambas orientaciones tienen efectos igualmente negativos. El educador no debe identificarse con un grupo y aceptar participar, por ejemplo, en el tráfico de droga o en excesos alcohólicos para ser aceptado por los jóvenes. No debe tampoco asociarse con la policía o con campañas de opinión que imponen a los jóvenes más desamparados las normas que defiende la clase media. La mejor protección contra esas dos desviaciones opuestas consiste en fijarse objetivos individualizados, de lucha contra el fracaso escolar, de ayuda a la formación profesional, de limitación de las consecuencias de una crisis familiar. El educador debe dar informaciones, ayudar a los enfermos, explicar a los docentes los problemas de un joven, etc., y la base local de las actividades de los educadores, ya sea un centro juvenil o un lugar de otro tipo, deberá ser ante todo un lugar donde se informa y se escucha, y no debe convertirse en un lugar donde se busca refugio para intentar escapar a la policía, ni donde se adoctrina a la gente.

Aunque sea difícil juzgar a partir de experiencias por fuerza limitadas, es de temer que los educadores actuales sean un tanto ajenos a aquellos a quienes se dirigen, tanto por su nivel educativo como, sobre todo, porque el lenguaje político que utilizan es demasiado ajeno al de éstos, que es poco articulado y cuyo vocabulario es pobre. Hay que evitar sobre todo que se vea en los educadores a típicos representantes de una clase media ascendente, que experimental; pero es menester que la base de la experiencia sea desde el principio suficientemente amplia. Si admitimos que 20% de los jóvenes se encuentran en situaciones difíciles o peligrosas y que hay que centrar al principio las actividades en los jóvenes en sentido estricto, o sea entre 15 y 20 años, es fácil ver que se trata de una población importante. Lo más prudente sería orientar en primer lugar la intervención hacia una población de jóvenes que corresponda a las clases seleccionadas en los barrios urbanos o en las zonas rurales con problemas.

Cada educador —ya sea de tiempo parcial o de tiempo completo— puede encargarse de 20 ó 30 jóvenes, organizando de vez en cuando reuniones de información, pero ayudando sobre todo a cada joven

individualmente a reconstruir su experiencia, a reflexionar sobre su vida profesional, su escolaridad, su salud y su familia. Esto supone, a su vez, que los educadores sean formados, y esto requiere una colaboración con los departamentos de psicología, sociología y educación en las universidades, con lo cual se contribuiría considerablemente al renacimiento de las ciencias humanas en Chile, tras el período de dictadura durante el cual se las excluyó en gran medida de las universidades.

5. CONCLUSIÓN: LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD CHILENA

Hay que volver, en esta conclusión, a lo esencial, o sea al análisis de las conductas de la juventud y del lugar que ocupa ésta en la sociedad chilena. Hemos estado acostumbrados durante tanto tiempo a ver en la juventud una fuerza de cambio, de impugnación e innovación, que a veces no nos es fácil, en muchas regiones del mundo, admitir que la juventud puede comportarse, al menos parcialmente, de modo muy distinto. ¿No es acaso sorprendente que en Rusia los observadores hablen de la pasividad de una juventud que desconfía de los discursos políticos e ideológicos, cuyo único modelo es América del Norte, que se interesa sobre todo por los bienes de consumo y la música rock, y que piensa a menudo en la emigración? Y en un marco enteramente distinto, ¿cómo no encontrar impresionante la transformación de las luchas estudiantiles en un país como Francia entre 1968 y 1976, y después entre 1986 y 1990, por no hablar más que de los años en que se han visto manifestaciones de masas? Tras el Movimiento de Mayo, caracterizado por una impugnación política y cultural global y por la huelga de 1976, más directamente anticapitalista e «izquierdista», han surgido manifestaciones de lo que los estadounidenses llaman *student consumerism*: la preocupación por el propio porvenir profesional, el sentimiento de inseguridad, la oposición a medidas de renovación que, creen ellos, pueden perjudicarles, con lo cual se impone un *statu quo* que, sin embargo, los propios estudiantes denuncian.

El problema de la juventud no es que tropiece con barreras al intentar realizar sus aspiraciones; el problema es que le faltan aspiraciones, proyectos y, más que nada, ideología. Las encuestas realizadas en Chile muestran que también allí encontramos en la juventud un grado bastante elevado de conformismo y de aceptación de las instituciones, y una clara ausencia de conflicto entre generaciones. Se encuentra también al mismo tiempo, sin embargo, una especie de resentimiento generalizado hacia la sociedad, el sentimiento de estar situado fuera de la vida pública. Casi nos atreveríamos a hablar aquí de impugnación de tipo centrista, expresión que puede parecer contradictoria, o de hiperconformismo reivindicativo, lo cual es también bastante sorprendente. El gobierno no se ve pues obligado a frenar una impugnación que podría cobrar formas violentas, sino más bien, de modo casi opuesto, a suscitar una mayor demanda de participación y a crear al mismo tiempo las condiciones objetivas de dicha participación.

Esa situación no es en modo alguno excepcional. En numerosas regiones del mundo, ricas o pobres, podemos observar el mismo proceso de descomposición de la sociedad, que por lo demás no tiene sólo aspectos negativos, una descomposición que no está relacionada con una crisis pasajera. No sólo el mundo de la producción y el mundo del consumo tienen normas cada vez más distintas, o sea esfuerzo personal y racionalidad por un lado, placer, valor de lo inmediato y del grupo por otro lado, sino que observamos además que en la sociedad de producción se impone cada vez más una élite y que esa sociedad es, en ese sentido, cada vez más *taylorista*, puesto que se trata de una élite de técnicos y de directores, una élite desde luego numerosa, más numerosa que antaño, pero aun así minoritaria; y esa minoría asume las exigencias del trabajo técnico y de los proyectos a largo plazo mientras que no sólo muchos obreros y empleados se ven encerrados en tareas que no exigen mucha iniciativa, sino que además mucha gente, en particular jóvenes y viejos, se ve mantenida fuera de la producción de modo parcial o completo, aunque al mismo tiempo contribuya a hacer funcionar el sistema económico en calidad de consumidor, escolarizado, enfermo, telespectador, administrado o hasta asistido. En vano se intentaría difundir, entre esos consumidores no productores, los valores de la clase media, de la clase obrera o del mundo rural tradicional. De lo que se trata más bien es de ayudar a esos jóvenes —o a esos viejos— a luchar contra esa descomposición de su personalidad que parece imponerles la desarticulación de la propia sociedad. Hasta podría decirse que los problemas de este tipo parecen ser más difíciles de

resolver en los países más ricos, en los que hay muchas más posibilidades de sobrevivir como consumidor no productor, gracias al apoyo de la familia o de las autoridades, como ha podido comprobarse en los Estados Unidos y en particular en California durante los decenios de los años 60 y 70. Debemos adaptar nuestras políticas sociales a una situación profundamente transformada. El ideal del *Welfare State* y de la seguridad social, que intentaban corregir los defectos del sistema de producción ayudando a los trabajadores sin empleo, accidentados, enfermos o jubilados, ya no es suficiente, aunque diste mucho de haber sido enteramente realizado en América Latina (aunque la situación sea al respecto mucho mejor en Chile que en otras partes). De ahí que sea ahora menester dirigirse a los propios individuos, e intentar al mismo tiempo, mediante una política macroeconómica apropiada, reducir los efectos destructores del desempleo, de la pobreza y de una desigualdad social extremada.

Chile está pasando en este momento por una fase de su historia que ya no es una transición hacia una democracia que funciona ya plenamente, que va a ser pues probablemente duradera y que está caracterizada por la repulsa de las divisiones y los enfrentamientos, por el miedo al caos económico y a la violencia política, y en la que se atribuye por lo tanto una prioridad de hecho a una política económica capaz de eliminar la inflación y de garantizar el crecimiento mediante el desarrollo de las exportaciones y la llegada de recursos externos, esperándose que ese crecimiento permitirá una mejora de las condiciones de vida de una parte cada vez más importante de la población.

El ejemplo que nos proporcionan América Latina en su conjunto o los países de la Europa postcomunista bastan para convencernos de que no hay más camino, en efecto, que el del cambio del modo de gestión económica y la aceptación de las exigencias de la competitividad en el mercado mundial. Lo peligroso sería sin embargo no ir más allá, y creer que el éxito económico basta, en sí mismo, para resolver los problemas sociales. Muy al contrario. Y los «dragones» asiáticos, por ejemplo han visto también cómo se iban desarrollando los conflictos sociales y políticos. En América Latina, tras un largo período durante el cual aumentaron las desigualdades sociales, nos encontramos ante una amenaza muy concreta de escisión de la sociedad en dos mitades y de relegación de muchos jóvenes a una situación de marginalidad que no lleva a ningún tipo de movilización política, habida cuenta del agotamiento de los modelos ideológicos y políticos de la extrema izquierda, y en particular del partido comunista y de todos los que estaban vinculados con el modelo cubano. Y esto podría llevar a una tranquilidad política artificial que desembocaría en un agravamiento de las formas no políticas de marginalización, de la violencia urbana al consumo de drogas —consumo que está muy extendido en Chile tanto en las universidades como en las poblaciones—, y hasta tal vez en un debilitamiento cada vez mayor de la democracia.

La política de la juventud ha de estar dirigida ante todo contra la aceptación pasiva de la tendencia que lleva a la marginalidad, la exclusión y la delincuencia. Su objetivo principal ha de ser el fortalecimiento del espíritu de ciudadanía, que comprende a la vez la confianza en las instituciones y la conciencia de poder hacer escuchar su voz en ellas. En Chile existe un acuerdo general sobre el hecho de que el problema de la juventud es uno de los más delicados con que se enfrenta el país. Ese análisis, plenamente justificado, exige intervenciones públicas más resueltas que las que se han realizado hasta ahora, un esfuerzo constante de reflexión, formas de acción renovadas y la formación de educadores capaces de intervenir del modo más inmediato ante los jóvenes más frágiles, tanto en sus barrios como en sus lugares de educación y trabajo. El gobierno chileno, que ha iniciado ya la realización de reformas importantes, en particular en el ámbito de la educación, parece estar realmente dispuesto a dar a una política de la juventud toda la importancia y todos los medios que merece.